

El lastre de ser gris

Negro llegó a su casa, un primer piso en alquiler, su quinto primer piso en alquiler en los últimos veinticuatro meses. Sintió tranquilidad al saber que Blanco, su mujer, aún no llegaba. Botó sobre la mesa de estudio, que también hacía las veces de comedor, una copia pirata de la novela *La rebelión de las ratas* del colombiano Fernando Soto Aparicio. El libro aterrizó en falso y golpeó una taza de café, que se dejó derramar por la superficie. Se mojaron las últimas páginas del libro, una suerte para Rudencindo. También se mojaron otros libros, unas cotizaciones en papel bond, una fotografía con fondo azul y una libreta de apuntes. Se había hecho un pequeño desastre allí; por fortuna, los restos del café espeso solo alcanzaron la mitad de la mesa, su mitad, esa parte que siempre estaba desaseada, a la que un charco de café poco o nada oscurece. Miró la mesa de cerca para confirmar que la otra mitad estuviera intacta. Pero vio un par de pequeñas gotas que alcanzaron las parcelas perfectamente organizadas de esa mitad, así que fue por un trapo a la cocina y limpió, casi haciendo una línea recta entre la sección que demanda respeto y la suya. Dejó el trapo en su mitad.

“No hay café sin cigarrillo”, pensó, así que sacó medio paquete de la caja de herramientas que guardaba debajo de la escalera, un estratégico lugar. Negro no había tomado café; por el contrario, lo había derramado torpemente. Pero esto no importó, siempre encontraba

una buena excusa para meterse una bala de esas en la boca, por esos días cuando era menos. Botaba el humo por la ventana, mientras se repetía en su cabeza la melodía de “Inmune”, una canción de N. Hardem y Edson Velandia que un raperito se había subido a cantar en el transporte público. Estaba allí en su cabeza, haciendo eco, y sin saberlo sería la banda sonora de su siguiente escena.

Sonó la llave entrando en la chapa de la puerta. Llegó su mujer. Cerró la ventana con prisa y torpemente apagó el cigarrillo. Miró para todos lados, sin encontrar dónde botar la colilla. Abrió la ventana y la arrojó a la calle, y con ella todo el aliento que le quedaba en los pulmones, para disimular el olor a billar: tufo de cerveza, humo de cigarrillo y perfume de garitero.

Se saludaron de lejos, como lo habían hecho en los últimos tres meses. No le causó ninguna emoción verla, ni siquiera pudo despertar su empatía, esa que se había trasnochado haciendo carambolas sobre una alfombra azul de cuatro bandas. A pesar de su indiferencia, en el fondo algo le satisfacía. Después de todo, recuperaría su mesa. Ya basta de dividir por mitades, de ahora en adelante todo sería para él solo.

Blanco colgó las llaves en el perchero. Entró en la sala, se quitó la chaqueta y la guardó dentro de un costal, junto con otra ropa. Avanzó con manía hacia el comedor, para confirmar que su mitad estuviera perfectamente limpia, y lo estaba. Sacudió las manos en el aire, como espantando humo, para hacerle saber a Negro que, claro, la jeta le huele a trago y la ropa a tabaco barato. Lo vio allí recostado sobre el marco de la ventana, viendo gente pasar, y recordó aquella foto que le tomó con su camarita desechable el primer día que decidieron irse a vivir juntos, exactamente en la misma posición, pero en otra casa, cuando estaba mucho más flaco y crespo.

Desplegó un par de cajas de cartón para armarlas, y empezó a empa-car cuidadosamente sus cositas del comedor. En esas, se encontró con el corcho de la botella de vino espumoso con el que habían celebrado su primer paseo a tierra caliente. Recordó la bondad que la vida le ofreció aquella noche de música y agua caliente, recordó que se imaginaron como esposos y que bromearon con los nombres que les pondrían a sus hijos. Con nostalgia, detalló el corcho por unos instantes más, cuidando de sí para no dejar caer ni una lágrima. Dejó la pieza fuera de la caja, en el arrume de cosas por botar, y se enorgulleció por la decisión que estaba tomando.

Se dejaría ya de distracciones, de noches sin pegar el ojo, consumida por inseguridades. Descansaría de esas fuertes discusiones cada dos días, de las faltas de respeto y atención, de los gritos innecesarios y del olor a cigarrillo. Pasó por su mente la vez que él la amenazó con escupirla en la cara, mientras discutían, y lo mucho que le había dolido. Secándose las pocas lágrimas que habían decidido no abandonar el ojo, se felicitó porque esta nueva etapa en su vida sería la oportunidad para iniciar su carrera militar. Vestir el uniforme era un sueño que ya mucho había aplazado, bien sea por estar criando hijos ajenos o por dedicar todos sus esfuerzos a construir un hogar para dos. Sintió mareo; entonces, fue por un vaso de agua a la cocina y se sentó a beberlo. Se preocupó. Al instante, recibió una llamada del conductor del camión que recogería sus cosas, y le confirmó la cita para las seis de la tarde.

Negro seguía mirando por la ventana cómo la colilla se deshacía a sí misma, poco a poco. Imaginó un reflejo. Deseaba dejar el marco y ocuparse en otra cosa, pero no quería darle la cara a su mujer, para no derramarse en llanto o transformarse en rabia. Se dio tiempo para pensar, y pensando detalló que por primera vez en mucho tiempo

pensaría por sí mismo, para él. Volvería a tomar decisiones, sin tener que consultarlas. Por fin, tendría la mesa completa y podría hacer y deshacer con ella. Finalmente, podría decirle que sí a las mujeres que de vez en cuando lo buscaban. Pensó que podría pasar un fin de semana a solas con sus padres, sin su mujer, sin que ella fuera el motivo de conversación. Sus memorias se fueron afinando. Recordó que alguna vez casi la escupe en la cara mientras discutían y que se lo hizo saber. Recordó también que nunca le pidió perdón. Su memoria evocó la tensión en los antebrazos, el dolor en la parte izquierda de la cabeza, los ojos hinchados sin haber llorado y las ganas de escapar, de irse lejos. Rememoró las ganas de atravesar la pared a puñetazos, de estrellar la puerta y de sentir dolor. El hombre lamentó su ira, lamentó estar a la deriva cada vez que esta lo visitaba y no estar entrenado para controlarla. Impacientemente, se rascó la cabeza, luego la ceja y, luego, la barba que recién crecía. Se desesperó. Empacó su encendedor en el bolsillo y decidió salir a la tienda por una cajetilla.

En su tránsito, la pareja se encontró justo en frente de la cocina. El uno le reprochó al otro alguna cosa. Ya no se soportaban, buscaban cualquier excusa para atacarse y presumir la mejor ofensa. Estaban agotados de negociarlo todo, de ceder en todo, de joderse la vida. Se gritaron y manotearon. El uno se le rio en la cara al otro, y este le reprochó sus cicatrices, esas que tanto le dolían. Qué bajo. Blanco le tiró un vaso de vidrio a los pies, y Negro le respondió pateando los pedazos de cristal para todo lado. Que se acabe esto, se hacen un favor. Vemos ya que el amor no todo lo puede.

En medio de esta tensión, la discusión tuvo algo de nostalgia, pues quizá sería la última. Pasaron unos diez o quince minutos, y Negro estaba al borde de sus impulsos más primitivos, sabía identificarlos, y por ende necesitaba escapar. Salió de la cocina rumbo a la puerta.

Blanco seguía teniendo el turno de su sermón, mientras buscaba en cuclillas una escoba para barrer las esquirlas de vidrio. Cuando levantó la cara, Negro ya se había ido por cigarros.

Sintió un vacío en el estómago, náuseas que la obligaron a soltar la escoba, dejarse de bruces y vomitar sobre el lavadero. Se hizo una moña y rompió en llanto. Desde hace algún tiempo, tenía una sospecha que se negaba a comprobar, siquiera a reconocer. Se dirigió al baño y buscó la prueba de embarazo que había comprado y guardado hacía dos días en su bolsa de maquillaje, un estratégico lugar. Se desnudó de la cintura para abajo, se sentó en el inodoro y con el dispositivo entre las manos se agarró la cabeza en sollozos, sudando como nunca. Aprovechó que sus manos estaban juntas e intentó rezar, pero no pudo. Temblorosa, usó los dedos de las manos para contar y recontar varias veces sus días de retraso, sus días más fértiles del ciclo y el tiempo que pasó desde la noche en que se había acostado con Negro la última vez. Los cálculos no le daban. Sin embargo, no tenía mucha claridad en ese momento como para confiar en ellos. No paraba de llorar.

Se realizó la prueba, y el resultado de esta, como si de un renacer se tratase, la recompuso. Qué singular disonancia. La mujer dejó de sudar y una claridad casi espiritual la cubrió toda. Extrañamente sintió paz y determinación. Ese momento, adornado con una privacidad absoluta, pareció llevarla a un universo paralelo, uno que jamás había dimensionado. Mientras se miraba en el espejo con el cuerpo de perfil, escuchó a Negro volver de la tienda. Salió del baño y, buscándole los ojos, le pidió un minuto de su celular para llamar al camión y cancelar la cita.

Sebastián Alonso Rey Díaz